

‘LEER LO QUE NUNCA FUE ESCRITO’: HACIA UNA HERMENÉUTICA POLÍTICA

PAULA KUFFER DINERSTEIN
Universidad Autónoma de Barcelona

Resumen

En una nota de Sobre el concepto de historia Walter Benjamin define el principio histórico: «Leer lo que nunca fue escrito, se dice en Hofmannsthal. El lector en el que debe pensarse aquí es el historiador verdadero.» La historia se caracteriza como imagen dialéctica de la memoria: no está fragmentada en relatos sino en imágenes que sobrevienen de improviso y sólo pueden leerse como destellos que brillan en el ahora de la rememoración. Este ahora de la legibilidad es la contrapartida exacta del principio hermenéutico corriente, según el cual toda obra puede ser en cualquier instante objeto de una interpretación infinita, en el doble sentido de que no se agota jamás y de que es posible independientemente de su situación histórico temporal.

Palabras clave: Benjamin, política, hermenéutica, historia, representación, dialéctica.

Abstract

In a note from “On the concept of history” Walter Benjamin defines the historical principle: “To read what was never written, says Hofmannsthal. The reader in question is the true historian.” History is presented as a dialectical image of memory: History decays into images, not into stories, which attain to legibility only at a particular time, in the now the remembrance. This readability is the exact counterpart of the current hermeneutical principle, according to which any work may be read at any time as an object of infinite interpretation, in the double sense that is never depleted, and that is independent of its historical time.

Keywords: Benjamin; politics; hermeneutics; history; representation; dialectics.

“Niemand / zeugt für den / Zeugen”
Paul Celan

Recibido: 13/04/2014. Aceptado: 14/07/2014.

En una de las notas que se encontraron en vistas a la redacción de las *Tesis de filosofía de la historia*, hay una en la que Walter Benjamin enuncia el principio del método histórico: «El método histórico es un método filológico y a ese método subyace el libro de la vida.» Y acto seguido el filósofo añade: «“Leer lo que nunca fue escrito”, se dice en Hofmannsthal. El lector en el que debe pensarse aquí es el historiador verdadero.» (Benjamin Archiv, Ms 470, citado en Mate, 2006, 313). La legibilidad de la historia —que sea el objeto fundacional del saber metódico que la filología ofrece— y que solo el futuro pueda revelarla no tiene nada de nuevo. Pero que el cometido del verdadero historiador sea leer lo que nunca se ha escrito plantea que la escritura de la historia no debe emplearse en la reconstrucción épica de un pasado inerte con los hechos memorables que los vencedores escribieron, sino que apunta a una visión política del presente que ilustra el parentesco de la situación que vivimos con las luchas y sufrimientos de las generaciones que nos precedieron. Esta memoria histórica no tiene nada de acumulativo, pues no carga el presente con una suma de acontecimientos que este último tendría que conservar: los fenómenos son salvados «no sólo, y no tanto, del descrédito y del desprecio en que han caído, cuanto de la catástrofe a que los aboca muy frecuentemente la exposición que hace de ellos un determinado tipo de tradición, «honrándolo como herencia. Hay una tradición que es catástrofe.» (Benjamin, 2005, 475). La filosofía de la historia benjaminiana nos orienta hacia los muertos, hacia la tradición de los oprimidos, y nos conmina a hacer presentes sus ausencias en nuestra vida, en el relato que hacemos de sus vidas; porque la historia no es más que el relato que hacemos de ella. Es su voz la que debe resonar en nuestro presente, son sus gestos los que debemos abrigar como nuestro patrimonio. Una voz relegada al silencio, una lucha fracasada, una historia que no pudo escribirse y que precisamente por eso es aún posibilidad. El historiador se ve abocado a leer lo que nunca fue escrito, del mismo modo que debe aguzar el oído y escuchar lo no dicho. ¿Leer un texto invisible, escuchar lo nunca dicho? Dice Benjamin que para hacer presentes las cosas debemos «plantarlas en nuestro espacio (y no nosotros en el suyo). [...] No nos trasladamos a ellas, son ellas las que aparecen en nuestra vida.» (Benjamin, 2005, 224). Plantar las cosas en nuestro espacio no significa escribir los textos que nunca se escribieron ni hablar por los que no tienen voz: ese sería un gesto no solo soberbio, sino también injusto y falaz.

La lectura de la historia en Benjamin está, ante todo, más allá de las huellas que la astuta razón teleológica imprime en los archivos cautelados

por los vencedores, y por ello, ajenos a la muerte y la injusticia. La centralidad del concepto de memoria de Benjamin es inexplicable sin la carga de futuro que contiene el concepto de pasado. Es como si la conciencia política del presente «saltara» por encima de los siglos para captar un momento del pasado en el que se reconoce; no para conmemorarlo, sino para reanimarlo, darle una vida nueva y tratar de realizar hoy lo que faltó ayer. «La conciencia de hacer saltar el continuum de la historia es propia de las clases revolucionarias en el momento de su acción», dice en la decimoquinta de las Tesis. El propio objeto histórico se constituye al hacer estallar la continuidad histórica,

«de hecho, desde el curso continuado de la historia no se puede apuntar a un objeto de la misma. Por eso también la historiografía, desde siempre, se ha limitado a entresacar un objeto de este transcurso delimitado. Pero lo ha hecho sin fundamento, como último recurso, porque lo primero también fue siempre para ella volver a encajar el objeto en el continuo que se había vuelto a procurar con la empatía. La historiografía materialista no escoge sus objetos a la ligera. No los entresaca del transcurso, sino que los hace saltar de él. Sus procedimientos son más complejos, sus acontecimientos mucho más esenciales.» (Benjamin, 2005, 477-478).

Frente al relato acumulativo y autocomplaciente del historicismo, frente a la falsa totalidad, ilusión mítica del historicismo, para ir más allá del relato de los vencedores se impone la necesidad de otra escritura de la historia, de otra historia. A la causalidad ingenua del historicismo, Benjamin opone la intensidad del instante que interrumpe, destruye el continuum y a la vez construye, es decir, salva. El historiador al que apela Benjamin, lejos de presentar otro sistema explicativo o una contrahistoria, debe provocar la interrupción del falso continuum nihilista de la historiografía tradicional. El verdadero historiador, nos dice Benjamin, es aquél que «capta más bien la constelación en la que se encuentra su época con otra muy determinada del pasado», oponiendo, a un tiempo vacío y homogéneo, un tiempo pleno e instantáneo, que «de esta suerte fundamenta un concepto de presente como ahora (*Jetztzeit*) en el que se han incrustado astillas del tiempo mesiánico», dice en el Fragmento A de las Tesis. Un tiempo ahora que es origen (*Ursprung*), en el que se presenta la tensión que recorre todo el pensamiento del filósofo, pues el origen muestra una estructura paradójica al ser restauración del momento olvidado y al mismo tiempo emergencia de lo diferente, el surgimiento de una constelación en la que se articula el pasado en el presente, y a la vez un instante que interrumpe el desarrollo infinito, que hace saltar el presente fuera del continuum del tiempo histórico, que no es sino el de los opresores. (Benjamin-Archiv, Ms 481, citado en Mate, 2006, 318). Y

ese es precisamente el giro copernicano que practica el filósofo: «Los hechos históricos pasan a ser lo que ahora mismo nos sobrevino: constatarlos es la tarea del recuerdo.» (Benjamin, 205, 875).

La imagen cobra todo el protagonismo en esta nueva concepción —que en realidad más bien apunta a una experiencia—, pues funciona como el fenómeno originario de cada presentación de la historia (*Geschichtsdarstellung*). «Imagen es aquello en donde lo que ha sido se une como un relámpago al ahora en una constelación.» (Benjamin, 2005, 465). Es un fenómeno originario de la presentación por lo que reúne y a la vez hace explotar junto con las modalidades ontológicas contradictorias: por un lado la presencia y por otro la representación, por un lado lo que cambia y por otro la estasis plena de lo que permanece. «La imagen auténtica es una imagen dialéctica. El pasado sólo puede ser retenido como imagen que fulgura en el instante de su cognoscibilidad para no ser vista nunca más... Pues es una imagen irrevocable del pasado la que corre el riesgo de desaparecer con cada presente que no se reconozca mentado en ella.», como se afirma en la quinta de las tesis. De ahí precisamente el designio de «cepillar la historia a contrapelo» (tesis VII) frente a la construcción tradicional de la historia. Las imagen dialécticas, constelaciones críticas de pasado y presente, están en el centro de la pedagogía materialista, pues transmiten una tradición de discontinuidad al provocar un cortocircuito en el aparato histórico-literario burgués. (Buck-Morss, 1995, 318). Las imágenes dialécticas marcan «una cesura en el movimiento del pensamiento», y a la vez definen también el propio objeto histórico como una interrupción en el transcurrir del tiempo. El historiador «debe abandonar la actitud tranquila, contemplativa ante el objeto para volverse consciente de la constelación crítica en la que dicho fragmento del pasado se ubica en relación precisa con este presente». (Benjamin, 1989, 102). La historia se acrisola y se refracta en imágenes que pueden y deben ser leídas en el ahora reconocible e irreplicable de su constelación con el presente. Leer, pues, es tanto reconocer como recordar lo que nunca fue escrito. Esta historia se caracteriza como imagen dialéctica de la memoria, y por ello, no está fragmentada en relatos —no se trata de una épica de la razón— sino en imágenes que sobrevienen de improviso y solo pueden leerse o como destellos que brillan en el ahora de la rememoración. «Choque frontal contra el pasado mediante el presente» (Benjamin, 2005, 473) proclama Benjamin. Es el tiempo presente, este ahora en relación dialéctica —y no temporal— con cualquier pasado, la condición de posibilidad

de la lectura de imágenes de la que, según el filósofo, depende la cognoscibilidad de la historia. Así define la imagen:

«Lo que distingue a las imágenes de las “esencias” de la fenomenología es su índice histórico. (Heidegger busca en vano salvar la historia para la fenomenología de un modo abstracto, mediante la historicidad.) Estas imágenes se han de deslindar por completo de las categorías de las “ciencias del espíritu”, tales como el hábito, el estilo, etcétera. Pues el índice histórico de las imágenes no solo dice a qué tiempo determinado pertenecen, dice sobre todo que solo en un tiempo determinado alcanzan legibilidad (*Lesbarkeit*). Y ciertamente, este “alcanzar legibilidad” constituye un punto crítico determinado del movimiento en su interior. Todo presente está determinado por aquellas imágenes que le son sincrónicas: todo ahora es el ahora de una determinada cognoscibilidad. En él, la verdad está cargada de tiempo hasta estallar. (Un estallar que no es otra cosa que la muerte de la intención, y por tanto coincide con el nacimiento del auténtico tiempo histórico, el tiempo de la verdad.) No es que lo pasado arroje luz sobre lo presente, o lo presente sobre lo pasado, sino que imagen es aquello en donde lo que ha sido se une fulgurantemente al ahora en una constelación. En otras palabras: imagen es la dialéctica en reposo. Pues mientras que la relación del presente con el pasado es puramente temporal, la de lo que ha sido con el ahora es dialéctica: de naturaleza imaginal, no temporal. Solo las imágenes dialécticas son imágenes auténticamente históricas, eso es, no arcaicas. La imagen leída, o sea, la imagen en el ahora de la cognoscibilidad, lleva en el más alto grado la marca del momento crítico y peligroso que subyace a toda lectura.» (Benjamin, 2005, 465).

La imagen dialéctica —que es una categoría estética— determina la percepción política de la historia: provocar el choque del pasado y del presente para que nazca una imagen dialéctica es precisamente descifrar el pasado a través de nuestro presente, es decir, hacer de él una lectura política. De este modo, la estética, significativo privilegiado, nos ofrece el lenguaje a través del cual se revela la naturaleza política de la historia. Estas metáforas son el lenguaje del historiador para descifrar el pasado: el objeto del pasado no viene dado, sino que se va construyendo en la escritura de la historia con las imágenes dialécticas. Estas, que para Benjamin son «el fenómeno original de la historia» (Benjamin, 2005, 476), permiten a los diferentes elementos del pasado «recibir un grado de actualidad superior al que tuvo en el momento de su existencia.» (Benjamin, 2005, 397). Cada forma dialéctica es la expresión de una forma determinada de despertar que ilustra, en la percepción que el pasado tenía de sí mismo, una parte de ilusión, de autoengaño, pero al hacerlo desvela también la verdad que este pasado nos aporta. El reconocimiento de la historia depende de una condición ínsita en el ahora, donde sólo puede advenir la legibilidad o cognoscibilidad de las imágenes dialécticas, un ahora que está estrechamente relacionado con el momento del despertar:

«En la imagen dialéctica, lo que ha sido de una determinada época es sin embargo a la vez “lo que ha sido desde siempre”. Como tal, empero, solo aparece en cada caso a los ojos de una época completamente determinada: a saber, aquella en la que la humanidad, frotándose los ojos, reconoce precisamente esta imagen onírica en cuanto tal. Es en este instante que el historiador emprende con ella la tarea de la interpretación de los sueños. ... El momento del despertar sería entonces idéntico al ahora de la cognoscibilidad, en el que las cosas ponen su verdadero gesto —surrealista—.» (Benjamin, 2005, 466).

El ahora de la legibilidad al que se refiere Benjamin es «la contrapartida exacta» (Agamben, 2006, 141) del principio hermenéutico corriente, según el cual toda obra puede ser en todo instante objeto de una interpretación infinita, en el doble sentido de que no se agota jamás y de que es posible independientemente de su situación histórico temporal. Leer la historia es recordar lo que nunca fue escrito en el momento en que le llega la legibilidad. La imagen del pasado que relampaguea en el ahora de su cognoscibilidad es, en una aproximación más precisa, una imagen de la memoria. Se trata de una revolución de carácter esencialmente político, ya que ahora la historia debe escribirse al revés, a partir del presente del historiador, comprendido como centro mismo de la verdad. La legitimación del historiador depende de la agudeza de su conciencia a la hora de captar la crisis en la que se encuentra en un momento dado el sujeto de la historia. Ese sujeto no es en modo alguno un sujeto trascendental, sino la clase oprimida que lucha en situación de máximo peligro. Solo ella tiene conocimiento histórico y eso solo en un instante histórico. Con esta precisión se confirma la liquidación del momento épico en la exposición de la historia. No sirve el alejamiento de lo pasado hacia lo mitológico sino que hay que disolver la mitología en el espacio de la historia. El historiador no ha de ponerse pues en el lugar de la historia sino que debe dejar aparecer en su vida lo pasado: un «pathos de la cercanía» (Benjamin, 2005, 842) que disuelve la empatía evasiva.

Lejos del poder historicista sobre los acontecimientos, lejos de la verdad inmóvil que en modo alguno corresponde al concepto de verdad en materia de historia, la fulguración que provoca el «choque» se presenta como esa única luz para hacer visible la auténtica historicidad. En la imagen dialéctica se encuentran el ahora y el tiempo pasado y sólo el relámpago permite percibir supervivencias. Benjamin sitúa la imagen en el corazón del tiempo, en el corazón del proceso histórico: «La historia se descompone en imágenes, no en historias.» (Benjamin, 2005, 478). La correspondencia entre estas dos imágenes es el momento de su legibilidad, es el ahora de la posibilidad de conocimiento, un ahora en el que el pasado puede ser «sal-

vado», por un doble movimiento que destruye y a la vez redime. La imagen histórica no es algo, pues, que simplemente se vea, sino que debe ser leída. Su *Lesbarkeit* es el resultado del tipo de relación que produce. De ahí que Benjamin insista en que la historicidad de una imagen no proviene de su pertinencia a una determinada época, sino de su relación sincrónica con ésta, un sincronismo que está constituido tanto por la distancia como por la convergencia, una simultaneidad que implica proximidad y distancia y que se presenta precisamente como la condición de cualquier conocimiento de las imágenes, un conocimiento que no resulta en la mera identidad, sino marcado por relámpagos y constelaciones. Es en la lectura de esa imagen donde se articulan la verdad y el conocimiento, una articulación que está más allá de la síntesis. Una lectura que implica un momento de peligro, pues interrumpe el tiempo. De tales momentos surge la posibilidad del conocimiento, la *Erkennbarkeit*, pero no un principio de conocimiento abstracto, sino la posibilidad de un conocimiento que surge en el ahora, en el *jetzt der Erkennbarkeit*. Un ahora que es un *Augenblick* y que se revela como potencialidad. Su propia estructura, cuya manifestación es inseparable de su desaparición, hace que no pueda reducirse al conocimiento positivo que hace posible y a la vez relativiza.

El materialista histórico que se hace con la imagen dialéctica debe tener «el don de encender en lo pasado la chispa de la esperanza», como se dice en la quinta de las Tesis, de recuperar la tradición histórica de manos del conformismo que está a punto de subyugarla. Con el aquietamiento de la dialéctica se rompe el contrato con los vencedores y se pone todo el pathos en el rescate de los oprimidos. La fijación de las imágenes dialécticas no es un método que el historiador pueda aplicar a cualquier objeto y en cualquier momento. La historiografía es inseparable de la praxis política: el rescate del pasado por parte del que escribe la historia está unido a la liberación práctica de la humanidad. El sujeto del conocimiento histórico es la propia «clase luchadora y oprimida» (Tesis II). El historiador de la dialéctica en reposo es el heraldo de esta clase. Es a éste a quien se le ha concedido una «débil fuerza mesiánica, fuerza que reclama el pasado» (Benjamin, 1972, 700): es él quien atiende esta reclamación cuando capta enormemente esa imagen irrecuperable del pasado, que amenaza con desaparecer con todo presente que no se reconozca mentado en él.» (Íbid). El verdadero conocimiento histórico solo se da en la forma de la imagen dialéctica; de hecho, todo conocimiento, puesto que éste, para Benjamin, solo puede ser histórico. «Ser dialéctico significa captar en las velas el viento de la historia. Las

velas son los conceptos. Pero no basta con poseer velas. El arte de saber colocarlas es lo decisivo.» (Benjamin, 2005, 467). Pero lo importante es lo que el concepto no puede recoger, la experiencia del tiempo: «La historia es precisamente lo que no cabe en el concepto.» (Mayorga, 2003, 60). En el tiempo no homogéneo aparece la imagen dialéctica, en el tiempo de la experiencia. «En la interrupción del conocimiento. En la tensión del silencio. No en la obra de Benjamin, sino en su horizonte: los muertos del discurso; lo que no ha llegado a escritura; el exterior del texto.» (Íbid). En las imágenes dialécticas se tensa la memoria de un pasado oprimido, fallido, y el deseo de una actualidad emancipada.

La representación de la historia tiene que poder hacer saltar el continuum temporal; frente a la vivencia y la continuidad del tiempo vacío, ahistórico, se presenta la experiencia e interrupción del continuo temporal en momentos plenos, que remiten al pasado. La imagen del pasado no puede conocerse «tal y como fue», sino tal como aparece en una actualidad en que peligra. ¿Peligra en nuestro presente? «Sólo por mor de los desesperados nos es dada la esperanza» (Benjamin, 1972, 201): la esperanza reside en los que ya no pueden tener ninguna: la esperanza que ofrecen los muertos tiene el tamaño de la memoria de los vivos (Mayorga, 2003, 91). La empatía con el pasado únicamente refrenda lo que ha sucedido y lo presenta como necesario: no se trata de hacer apología sino crítica. «La falsa vitalidad de la reactualización, la eliminación de la historia de los ecos que vienen de los 'lamentos', anuncian el sometimiento definitivo de la empatía al concepto moderno de ciencia.» (Benjamin-Archiv Ms 1098r, citado en Mate, 2006, 306). La actualidad, en cambio, es ocasión de traer al presente un ayer dañado. Ésa es la tarea del historiador, hacer saltar el presente fuera del continuum, actualizar ese pasado frustrado: «El historiador es un profeta vuelto hacia atrás.» (Benjamin-Archiv 472, citado en Mate, 2006, 310). Se trata de una escritura de la historia que debe nutrirse más «con la imagen verdadera de los abuelos esclavizados que con la imagen ideal de los nietos liberados.» (Benjamin-Archiv 466r, citado en Mate, 2006, 312). El elemento destructor de la escritura de la historia es ese elemento crítico capaz de hacer saltar la continuidad histórica, un elemento destructor que reacciona ante los peligros que amenazan a la transmisión pero también al receptor. Porque «en la auténtica escritura de la historia, tan fuerte es el impulso destructor como el que tiende a la salvación.» (Benjamin-Archiv 473, citado en Mate, 2006, 316). De la transmisión depende la salvación. El angelus

novus, dice Mayorga, ejecuta una enorme abreviatura, al poner en constelación a las víctimas del pasado con las del presente. Hacia allí debe orientar sus alas el ángel, y hacía allí el escritor de la historia: hacia las víctimas de la historia. Esa mirada se vuelve política en el mandato de que nada —ni siquiera los muertos— quede sin voz.

Bibliografía

- Agamben, G., *El tiempo que resta*, Trotta, Madrid, 2006.
- Benjamin, W., “Tesis sobre filosofía de la historia”, en *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Buenos Aires, 1989.
- *Gesammelte Schriften*, ed. de R. Tiedemann y H. Schweppenhäuser, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1972.
- *Libro de los pasajes*, Akal, Madrid, 2005.
- Buck-Morss, S., *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Antonio Machado libros, Madrid, 1995.
- Mate, R., *Medianoche en la historia*, Trotta, Madrid, 2006.
- Mayorga, J., *Revolución conservadora y conservación revolucionaria*, Anthropos, Barcelona, 2003.